

DISCURSO DEL PROF. LIC. HUGO DALBOSCO EN LA
COLACIÓN DE GRADOS DE LOS EGRESADOS DE LA
ESCUELA DE CIENCIAS POLÍTICAS, OCTUBRE 2002

Queridos alumnos:

1.- Probablemente hoy reciban este trato por última vez, no porque dejen de ser merecedores de nuestro afecto, sino porque ya no serán más alumnos. Al menos en la forma en que lo fueron desde que ingresaron, años atrás, en primer año y en la que progresaron hasta alcanzar la meta que hoy formaliza este acto. Han adquirido conocimientos variados junto con ciertos hábitos y han podido probarlo; saben, entonces, que las cosas buenas son difíciles y que el saber es un bien arduo que impone ciertos sacrificios. Por ello, haber alcanzado la meta significa, también, en cierto sentido, que se superaron a sí mismos.

Pero, si bien el trabajo universitario consiste en sumar conocimientos y formar hábitos, en relacionar, exponer y probar la aptitud adquirida y en muchas otras cosas, sería erróneo encerrar en ellas la idea de universidad. La universidad, insistía Monseñor Derisi, el fundador de la UCA recientemente fallecido, debe servir a la constitución de un humanismo auténtico. Para él –y para todos los que de alguna manera fuimos influidos por su pensamiento y su obra– la universidad es una institución de la cultura que a través del cultivo y la integración de distintos saberes debe permitirle al hombre desarrollarse en orden a su perfección humana.

Es en la universidad, pues, donde les ha tocado hacerse las grandes preguntas, aquellas que aunque no son ajenas a los planes de estudios sólo están implícitas en la tarea docente, esos interrogantes que los profesores no pudimos ni debimos responder por Uds. pero que tuvimos la obligación profesional y la inclinación vocacional de suscitar. Sería un fracaso de nuestra parte que no hubiéramos sido lo suficientemente sugerentes.

tes como para inducirlos a plantearse esas cuestiones. Es cierto también que no hay respuestas acabadas –la más completa y abarcativa de todas ellas es de naturaleza teológica y, por ello, inagotable–. Sólo se trató de abrir un camino. La misión de la universidad –la investigación y docencia de la verdad– únicamente puede ser realizada en libertad. En el caso de ustedes, la tarea empezó cuando ingresaron pero jamás terminará. Por eso, aunque ya no los llamemos alumnos, seguirán siendo universitarios toda su vida, cualesquiera sean las vicisitudes por las que atraviesen.

2.- Pero desde hoy tienen otro camino abierto, íntimamente vinculado con su vocación profesional. Egresan de la universidad en un país periférico, ubicado en el último confín de la tierra y que, por momentos, pareciera también perdido en las entretelas de la historia.

Mientras pensaba estas palabras reparé en que la mayoría de ustedes, a diferencia de las generaciones anteriores, especialmente las de sus padres y profesores, ha vivido prácticamente toda su vida dentro de cierta relativa normalidad institucional, obviamente, no en el sentido de la ausencia de conflictos, sino en relación con la superación de ellos mediante los cauces constitucionales previstos para el juego político. Por otra parte, sus hábitos de análisis, sus enfoques, expectativas y valores están atravesados por criterios que dimanen de una cultura planetaria, la cual, aunque reconoce apenas localismos y peculiaridades tiende sobre todo a uniformar criterios y conductas. Sin embargo, estas dos características, tan distantes de la inestabilidad y el aislamiento que jalonaron la experiencia histórica de sus mayores, no parecen haber sido suficientes para resolver el enigma argentino. Probablemente debamos orientar la reflexión hacia regiones más profundas, detenernos en aquellas cuestiones previas cuya omisión hace fracasar los sistemas, hurgar en los entresijos de nuestra identidad y ponderar la capilaridad de los valores que reconocemos en nuestra cultura.

Mientras tanto, unos y otros nos encontramos frente a circunstancias que escapan a nuestra voluntad pero que nos obligan. Ese juego de acontecimientos, de personas y escenarios es, ni más ni menos, nuestro país. Tal cual está, visto desde las más variadas perspectivas, en su riqueza elemental y en la dura orfandad de proyectos sugestivos. Se trata del país que es, pero también del país que no queremos que sea, del que pretendemos cambiar, si es que entendimos cabalmente la diferencia entre ser realistas y declararnos vencidos.

Ortega nos advierte desde *España Invertebrada*: “*Sólo debe ser lo que puede ser y sólo puede ser lo que se mueve dentro de las condiciones de lo que es*”. El despliegue de esta idea es todo un plan de trabajo: conocer lo que es, proyectar lo que puede ser y hacer lo que se debe. Esas deberían ser las tres salidas laborales de un Licenciado en Ciencias Políticas. Dicho sin ironía, no debería haber margen para graduados desocupados. Es preciso, entonces, cuidarse de caer en el engaño de las visiones sesgadas y las prédicas decadentistas, sin dejar, por eso de comprender la seriedad y gravedad del momento que vivimos.

Este otro aspecto de su misión como universitarios debiera interpelarlos especialmente, porque ustedes han elegido el estudio de una disciplina –la política– cuya finalidad es hacer la vida buena a partir de la verdad. Si existe un conjunto de novales graduados argentinos a quienes no les está permitido desentenderse de la realidad circunstante, éstos, son ustedes. Cualquiera sea su desarrollo profesional, la política activa, el asesoramiento, el periodismo, la docencia, la investigación, la diplomacia o la vida empresaria, ya están involucrados. Son responsables. Asuman, entonces, la Argentina como una tarea imperiosa, como un deber y como una aventura.

3.- Queridos graduados, en pocos instantes, siguiendo una de las más antiguas tradiciones universitarias, van a realizar un juramento. Tomarán un compromiso ético que entrañará desempeñar bien su profesión, evitar dañar a los otros y servir leal-

mente a su país. En las llamadas “profesiones de riesgo” es sumamente sencillo imaginar las situaciones de negligencia o mala praxis. En disciplinas como la nuestra, en cambio, al igual que en las humanidades y las ciencias sociales, las “cuestiones sensibles” resultan, aparentemente, más difusas. Pero sólo aparentemente. Tomemos por caso dos temas clave de la reflexión política: la verdad y el poder. Ambos, a pesar de su trascendencia –o, incluso, por ella– atraviesan la vida cotidiana. Por lo tanto, formarán parte de su vida profesional. Una, la verdad, está más allá del campo político, pero lo circunscribe; el otro, el poder, es el principal instrumento y, a la vez, el objetivo a conquistar y el motivo de la lucha política.

Hannah Arendt trabajó en un bello ensayo el tema clásico de la verdad y la política. En esta relación no se trata de la verdad de la razón sino de la verdad de los acontecimientos, de los hechos, la verdad factual, de lo que ya ha sucedido y, por lo tanto, condiciona el futuro, que es el terreno propio de la política. Este tipo de verdad requiere del hábito cognoscitivo de ver e inquirir con la inteligencia aquello que es, tal como es. Arendt señala agudamente el carácter revolucionario de la mentira. El mentiroso y el revolucionario, en el sentido ideológico, coinciden en un punto central: ambos quieren que lo que es, la realidad, no sea y, por ello, emplean formas distintas de violencia, la negación, por un lado, la destrucción por otro. Como se ha dicho, la primera víctima de las revoluciones y de las ideologías es la verdad. Pero, a pesar de todo, la verdad de hecho permanece como algo exterior y trascendente a la política; podrá ser destruida e ignorada, pero no puede ser reemplazada. El reconocimiento de la verdad factual, entonces, como actitud de realismo sano y comprometido, es un límite ético más poderoso que los controles externos, pero también un formidable factor de cambio. *“Cuando todos mienten acerca de todo lo importante, –dice la autora alemana– el hombre veraz, lo sepa o no lo sepa, ha empujado a actuar; también él se compromete en los asuntos políticos*

porque, en el caso poco probable de que sobreviva, habrá dado un paso hacia la tarea de cambiar el mundo”.

Como es obvio, el reconocimiento de la verdad puede resultar disfuncional frente a la necesidad política, circunstancial o sistemática, y convertirse en un obstáculo. La verdad factual puede ser arrasada por su más terrible adversario, el poder. El poder adquiere así un carácter ambivalente que, en virtud de la disponibilidad tecnológica, nuestra época conoce y experimenta sobradamente. Así como es necesario para construir la convivencia, la experiencia nos muestra que es posible acumular poder para corromper, extorsionar, destruir y engañar. El poder adquiere, además, asistido por la técnica, un carácter objetivo que proyectado hacia el Estado puede hacer que éste deje de ser autoridad para transformarse en un “sistema de funciones dominantes” en el cual lo humano sucumba ante lo estructural. Se produce así de la aparición de un hombre no humano, según la expresión de Romano Guardini. Sin embargo, el poder es un atributo propio del hombre, le pertenece a condición que lo controle. Ahora bien, los controles exteriores son útiles pero limitados; suelen rendirse a medida que la decisión de arrasar con la verdad se corona con el éxito. El único control eficaz nace de una interioridad intensa, identificada con unos valores superiores, trascendentes al poder.

¿Se dan cuenta de la seriedad del compromiso que van a asumir con ese juramento? La verdad y el poder se encuentran entrelazados en todas las situaciones de la vida: desde los datos de una declaración jurada o el contenido de una campaña de imagen hasta la firma de una decisión por la cual la fortuna, el honor y hasta la vida de las personas pueden quedar comprometidas. Si tratan de manipular la realidad, si prefieren el camino directo del abuso del poder en busca del éxito, las principales víctimas de la mala praxis serán ustedes mismos y, detrás de ustedes, algo de lo humano quedará vacante.

4.- Quisiera sintetizar los tres puntos anteriores en un único mensaje. Son universitarios, forman parte de un proyecto del espíritu cuyo resultado debe ser la perfección humana procurada por su propio crecimiento interior; tienen, por lo tanto, un compromiso que deriva de ello y se acrecienta por el carácter de la disciplina que han estudiado y profesan. Ese compromiso encarna en la realidad concreta de su país y de su tiempo; deben enfrentarlo con las armas que más reclama el momento histórico: la pasión por la verdad y el compromiso por el bien común.

Hoy concluyen varios años de estudio en un ámbito que se les ha vuelto familiar. La Escuela de Ciencias Políticas, de cuyo desarrollo soy testigo y beneficiario, ha tratado en sus treinta años de vida, de mantener con humildad y firmeza el planteo original de sus fundadores sin dejar de abrirse, con espíritu universitario, a los aportes creativos provenientes del medio académico nacional y extranjero. La Escuela afronta ahora una nueva exigencia de su historia y, a la manera del prototipo evangélico, quiere extraer de sus reservas lo nuevo y lo viejo, integrarlo y proponerlo, con amplitud y generosidad, a la comunidad universitaria para servicio de la sociedad argentina.

Queridos graduados: la Escuela de Ciencias Políticas ha sido su casa; de ahora en más, la llevan consigo. En ella y por ella han logrado ser universitarios y nunca dejarán de serlo si es que hemos sabido construir juntos un criterio útil, como suele decir el Dr. Santiago, *non scholam, sed vitam*, no para la escuela sino para la vida.

Muchas gracias.